

EL TRADICIONALISTA

D. Juan Borrás, Rojas, 4.

SEMANARIO

ÓRGANO DE LA COMUNIÓN CATÓLICA MONÁRQUICA EN ESTA PROVINCIA

Año I

Precios de suscripción
Un mes... 0'50 pesetas.
Trimestre... 1'25 id.
Pago adelantado.

Castellón 9 de Setiembre de 1893

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Redacción y Administración

Calle de la Magdalena, número 12, donde se dirigirá toda la correspondencia.

Núm. 30

Remitidos á precios convencionales



EL OBISPO DE DAULIA NECROLOGÍA

Nació este venerable prelado el día 11 de Mayo de 1810 en Mataró (Cataluña).

Apenas llegado á los diez años de edad, ya acababa los estudios de latín.

Su vocación para el estado religioso se manifestó desde sus primeros años, pero las novedades políticas que agitaron á España y la persecución suscitada contra los regulares, no le permitieron hasta en 1827 tomar el hábito de benedictino en el monasterio de San Martín de Compostela. La revolución había estallado de nuevo y un decreto del gobierno ordenó la clausura de todas las casas religiosas y su supresión. Dispuesto á todo sacrificio, incluso el de su vida, antes que faltar á sus votos, el Padre Serra abandonó á España en Diciembre del mismo año y fué á buscar un asilo en el monasterio de la Cava en el reino de Nápoles, donde se entregó completamente á los estudios literarios. Habiéndole conferido el Capítulo de la Congregación de Monte Casino el título de Lector, enseñó durante varios años la teología dogmática y la moral, el derecho canónico, las lenguas griega y hebrea, y fué Rector del Seminario Conciliar hasta que, deseoso de emprender mayores trabajos para la gloria de Dios, se agregó en 1845 á la Congregación de la Propaganda, que le envió á evangelizar á los habitantes, poco menos que salvajes, de la Australia occidental.

Monseñor Juan Brady, Obispo de Perth le nombró su Vicario general y prefecto de la Misión Central, y el Padre Serra, seguido tan sólo de cuatro compañeros, se internó en los inmensos bosques del país, y á ejemplo de los apóstoles, fundó con sus propias manos, á cien millas de la ciudad de Perth un monasterio benedictino que denominó la Nueva Nurcia en recuerdo de la patria del santo fundador de la Orden. Este monasterio adquirió pronto una importancia considerable, así por la extensión y grandeza de sus edificios, como por la numerosa familia benedictina que fué á refugiarse en sus claustros y á cultivar con el sudor de su frente las tierras inmensas que le rodeaban. La Propaganda Fide erigió en 1859 esta fundación en Prefectura Apostólica, confiando su administración al ilustrísimo señor don Rosendo Salvado, Obispo que fué de Puerto-Victoria. Al principio de 1848 el Obispo de Perth celebró un Sínodo diocesano y quiso que el P. Serra, su Vicario general, llevara los decretos á Roma. El debía además exponer las necesidades de esta iglesia naciente á los Emms. Cardenales de Propaganda y elevarlas al conocimiento del Sumo Pontífice Pío IX. ¡Cuál no fué su sorpresa, al llegar á la ciudad eterna, saber que hacía 14 meses que el Papa se había dignado *propio motu*, elevarlo á la dignidad episcopal preconizándole en el Consistorio de 11 de Junio de 1857 primer Obispo de Puerto-Victoria en la Australia septentrional!

La carga del episcopado parecióle demasiado grave al P. Serra é intentó re-

husarla en su modestia, pero sus excusas no fueron aceptadas y debió hablar la cabeza ante la voluntad expresa del Papa. El 15 de Agosto de 1848 el Cardenal Franconi prefecto de Propaganda, le consagró.

La nueva Diócesis, no solo estaba falta de escuelas y de iglesias sino que también se encontraba desprovista de las cosas que en esta sociedad son indispensables. La misión del Obispo consistía á la vez en convertir al catolicismo á aquellos hombres acostumbrados á vivir casi en el estado salvaje y atraerles al camino de la civilización. Necesitado de todo se dirigió á Nápoles y á España para allegar los recursos indispensables. Difícil es explicar el entusiasmo y ovaciones de que fué objeto el Prelado en su país natal. Gran número de almas caritativas le proveyeron de todo lo necesari-

o para su lejana misión, poniendo á su disposición el buque, el *Ferrol*, que había las costas de Italia, para conducirle á Puerto-Victoria con 40 misioneros que había reclutado. Este buque estaba en el puerto de Cadiz para hacerse á la vela, cuando un despacho de la Propaganda hizo saber al ilustrísimo señor Serra, que Su Santidad, en virtud de autoridad apostólica, le había desligado de los lazos que le unían á la iglesia de Puerto Victoria, nombrándole coadjutor del Obispo de Perth. Bajo el título de Obispo de Daulia. Los misioneros debían dedicarse á aquella misión. Nombrado desde luego Administrador temporal, fué hecho poco después administrador apostólico con todos los poderes de su Ordinario, y el derecho á la futura sucesión de Mr. Brady.

La solicitud del nuevo Prelado se ex-

entonces sepultadas en los horrores de la disolución; el mundo las había lanzado en el abismo del mal, y había aplaudido su caída, pero cuando vió á las mismas arrepentidas, no quiso reconocerlas y las arrojó de su seno. Para evitarlas una recaída segura, resolvió fundar una casa abierta al arrepentimiento, donde fueran recogidas estas jóvenes infortunadas. Hizo construir á este efecto una gran casa en Ciempozuelos, lugar cerca de Madrid, y mientras él trabajaba en la consolidación de esta obra de caridad, recibió las letras del Papa que le invitaba á asistir al Concilio Vaticano.

El ilustrísimo Serra fué Prelado asistente al trono pontificio desde el 23 de Mayo de 1854.

El señor Obispo de Daulia se distinguió por la decisión y noble independencia con que se puso del lado de los carlistas, en aquellos momentos de confusión político religiosa, en que nos vimos casi por completo abandonados de los que carecieron del valor ó de la perspicacia del ilustrísimo P. Serra.

A medida que trascurra el tiempo y las faltas de los hombres vayan produciendo sus consecuencias, se pondrá más de realce la entereza y el sentido práctico del señor Obispo de Daulia, demostrados en el apoyo que dió siempre á los principios tradicionalistas.

Tristes resultados han dado para la fé de España y para el prestigio de elevadas instituciones los errores que entonces se cometieron: pero de aquellos lamentables recuerdos surgirá siempre glorioso el nombre del P. Serra.

Lo que el virtuoso P. Serra hizo durante los terremotos y el cólera y las demas desgracias que en los últimos años de su vida affigieron á nuestra querida patria, todos lo recuerdan y es inútil mencionarlo.

Aunque su quebrantada salud y sus muchos años no le permitían trabajar como antes y le obligaron á retirarse en el convento del Desierto de las Palmas, en busca de la tranquilidad necesaria después de tantas fatigas; es lo cierto que el señor Obispo de Daulia no se daba descanso y trabajaba mucho más de lo que en realidad podía.

Su muerte, que todavía lloramos, acaecida el día 8 de Septiembre de 1886, fiesta de la Natividad de la Virgen, fué la del justo que sufre con resignación cristiana los mayores padecimientos y molestias esperando con ansia desligarse de todo lo terreno.

Durante el tiempo que vivió cerca de nosotros ¡cuántas atenciones nos dispensó!

A él acudíamos en consulta y de sus autorizados labios recibíamos el director, los redactores, colaboradores y amigos de *La Plana Católica*, consuelos, alientos y consejos que nos animaban á seguir impávidos por la senda del deber.

¡Y cuántos más no recibiríamos hoy, que tanto son necesarios, si la muerte no nos hubiera privado de aquel infatigable defensor del catolicismo!

Por eso no nos cansaremos nunca de rogar á Dios por él y pedir á nuestros lectores que hagan otro tanto, aunque, piadosamente pensando, creemos que no necesitará de nuestras oraciones.

P.



EXCMO. È ILMO. SR. OBISPO DE DAULIA

† en el Desierto de las Palmas el 8 Setiembre 1893

tendió á todo; él restableció el orden y la economía en toda la Diócesis, procuró la obediencia á los decretos de la Santa Sede, especialmente en la iglesia de Perth fundó bajo el nombre de Nuevo Subiaco un monasterio de benedictinos; aumentó considerablemente el de la Nueva-Nurcia y se mostró enérgico defensor de la enseñanza católica contra los actos de los gobiernos de Australia é Inglaterra. Obligó á estos dos gobiernos á prestarle su concurso, tanto para la erección de iglesias como de escuelas y habitaciones para los sacerdotes que ejercían el santo ministerio en casi todas las poblaciones de la Australia Occidental. Obtuvo para ellos y para los maestros de escuela subvenciones anuales.

En fin, estableció la misión sobre un pie de prosperidad tan notable como nunca se había conocido.

Todo esto no pudo obtenerse sin enormes fatigas, que más que el peso de la edad, habían gastado su cuerpo y alterado profundamente su salud.

El ilustrísimo Serra creyó que debía dejar la carga de la Administración apostólica de Perth é ir á buscar en el aire puro de su país natal el restablecimiento de su salud. Se dirigió al Papa, pero solo al cabo de tres años, en 1862, accedió á sus reiteradas instancias.

Apenas regresó á España, volvió á emprender su vida activa en Madrid y se entregó por entero á la visita de los hospitales y á la administración de los Sacramentos á los enfermos. Esta ocupación le descubrió una necesidad social de esta época. Presidía una vez los ejercicios del mes de María y tuvo el consuelo de volver á Dios y á la práctica del bien, á gran número de jóvenes hasta

El Rosal de Magdalena

Cierta día, andando el señor Obispo de Daulia por una de las calles más céntricas de Madrid, se encontró casualmente, ó mejor dicho, providencialmente con un caballero, conocido suyo, cuya vida se empleaba en obras de piedad y de celo, con no poca edificación de cuantos le conocían. Iba el piadoso caballero en busca de un sacerdote para invitarle a ir a confesar a los pobres enfermos del hospital de San Juan de Dios, si mal no recordamos, en cuyo benéfico Asilo el expresado sugeto solía ejercitar sus caritativos sentimientos. Conociendo éste por experiencia que no se llamaba nunca inútilmente al corazón del virtuoso Prelado, no tardó en manifestarle cuáles eran en aquel momento sus deseos. Al conocerlos el Obispo de Daulia, llevado de los irresistibles impulsos de su apostólica caridad, se dirigió sin ninguna tardanza al hospital de San Juan de Dios, con grande alegría del celoso caballero que le acompañaba.

El Prelado oyó en confesión a los pobrecitos enfermos, entre los cuales se hallaba una porción de muchachas ya convalecientes. Aquellas jóvenes, víctimas infelices de un mundo tan corrompido como corruptor, habían encontrado en aquel santo hospital, no solamente la salud de sus cuerpos, sino también la espiritual de sus almas, al reconciliarse con su Dios ofendido, por el ministerio de tan venerable y celoso Prelado. Los íntimos consuelos, las gracias extraordinarias, el cambio maravilloso que experimentaron aquellas almas, solo ellas, y ni aun ellas mismas, los podría referir; aunque con harta elocuencia los declaró y manifestó la ejemplar conducta que después observaron. Muy pronto iban a ser dadas de baja en el hospital, pues se hallaban en vías de recobrar una perfecta salud; y otra vez se veían ya sin amparo ni protección alguna en medio de ese mar cenagoso del mundo, en donde tanto se mancharon y corrompieron sus cuerpos y sus almas. El solícito Pastor, que sabía mejor que nadie los buenos deseos y excelentes propósitos de aquellas almas, a quienes consideraba con hondísima pena abandonadas de nuevo a sí mismas en medio de tanta corrupción, resolvió desde aquel momento el buscar para ellas un lugar de seguro refugio, en donde, como ellas deseaban, y pedían con lágrimas en los ojos, pudiesen vivir, trabajando, una vida pura y cristiana, libres de las raras embestidas con que las corrientes cenagosas del mundo las amenazaban.

El piadosísimo Obispo, que antes de entrar en el hospital había creído que iba a habérselas solamente con pobres enfermos, al observar después, que una tras otra, acudían al santo tribunal de la Penitencia tantas de aquellas infelices mujeres, animadas todas ellas de tan buenas disposiciones, ya no dudó de que el Señor le había traído allí para que completase la obra comenzada, dejando en puerto de salvación a aquellas almas verdaderamente arrepenidas.

A este fin, dirigióse el Prelado a las Señoras Adoradoras del Santísimo Sacramento, a las cuales rogó se sirviesen admitir en su casa a aquellas jóvenes ya rehabilitadas. Imposible de todo punto fué a aquellas beneméritas Religiosas, que tantos inapreciables bienes proporcionan a la sociedad, acceder a los deseos del señor Obispo de Daulia; el cual no desmayó por este contratiempo, sino que tocando otros resortes y acudiendo a otras Casas religiosas, que sería prolijo referir, demostró cuán vivamente se interesaba por la salvación de aquellas jóvenes desamparadas.

Pero el Señor, que todo lo dispone suavemente, permitió que en ninguna parte pudiesen ser admitidas las expresadas jóvenes. — «Pues si no hay institución religiosa que pueda admitir a estas infelices criaturas, yo lo fundaré» — exclamó, poseído de ardiente caridad, el celosísimo Prelado. Estos eran, sin duda ninguna, los designios del Señor, como los hechos han probado después, al permitir que el insigne Obispo de Daulia no encontrase para sus protegidas un rincón seguro en ninguna de las Casas e institutos religiosos que a la sazón había en la Corte. El que en su juventud había sido escogido por el Señor para ganar almas a Jesucristo arrancándolas a la barbarie de regiones incivilizadas, era destinado ahora, en los días gloriosos de su hermosa ancianidad, para salvar también a infinitas almas, levantándolas de los profundos abismos de corrupción y servidumbre de que tan fecunda se muestra la moderna civilización.

Al comunicar el señor Obispo de Daulia la resolución de fundar un instituto religioso al señor Cardenal de Toledo, éste le preguntó: — «Me parece todo muy bien, señor Obispo; pero ¿con qué elementos cuenta usted? — ¿Con qué elementos contestó resolutamente el de Daulia? Con la Providencia. Y, efectivamente, la Providencia divina se encargó de llevar a feliz término la obra, y de propagarla hoy en muchos puntos se encarga también la misma Providencia. Todo el mundo conoce los benéficos y salvadores Asilos dirigidos por las Madres Redentoristas.

Una virtuosísima y distinguida dama española fué la que mereció del Señor la gracia de ser asociada a esta grande obra de celo; y aunque, por su humildad y por otras elevadas miras, se resistiese a aceptar el penoso cargo de Superiora general de las Madres Redentoristas, tuvo finalmente que ceder la ilustre señora doña Antonia de Oviedo a los ruegos del señor Obispo, no menos que a las inspiraciones del cielo, que al parecer por semejantes caminos la guiaba.

Extraña coincidencia! Estando en Roma, algunos años antes de estos sucesos, la expresada señora, escribió y publicó en idioma italiano un bellissimo libro titulado «El Rosal de Magdalena.» Si hasta ahora no hemos tenido el placer de aspirar el perfume que exhala seguramente dicho Rosal, en cambio, no solo nosotros, sino la sociedad entera, puede regalarle aspirando los suavísimos perfumes desprendidos del real y verdadero Rosal de Magdalena, de ese importantísimo instituto religioso, en donde se ve revivir el espíritu de la penitente hija

de Magdala, la grande obra del insigne Obispo de Daulia, que a través de los tiempos vendrá publicando y pregonando con acentos inextinguibles la ardentísima caridad que abrasaba su corazón de apóstol de Jesucristo.

Al conmemorar EL TRADICIONALISTA la memoria del insigne y apostólico varón, el nunca bastante llorado señor Obispo de Daulia, nada nos ha parecido mejor ni más agradable al difunto, que esparcir piadosamente sobre su venerada tumba algunas hojas siempre verdes y fragantes del Rosal de Magdalena.

Juan B. Altés y Alabart, Pbro. Barcelona 7 de Septiembre de 1893.

Un caracter

Dios, creador del hombre, es también autor de la sociedad.

Aquel y ésta habían corrompido sus caminos y para regenerar a uno y a otra, resolvió la Providencia divina, que el Verbo eterno se encarnase en el vestirse la segunda Persona de la Trinidad, a la de nuestra flaca naturaleza, para consumar la obra inefable de la Redención, entró en sus inescrutables designios, emancipar al individuo del ominoso yugo del pecado y libertar a la sociedad de la servidumbre de sus prevaricaciones.

Por eso Cristo en su Evangelio legó para el hombre y a la sociedad; por eso a sus Apóstoles les dió jurisdicción sobre aquél y sobre ésta; por eso a su Vicario le dió plena potestad sobre pastores y ovejas, sometiendo a su magisterio supremo a los fieles y a los maestros, a los que obedecen y a los que mandan.

Si el individuo se descamina, misión es del apóstol, hacer llegar al oído de la oveja descarriada el amoroso silbido del Buen Pastor y reducirla a obediencia tornándola al redil de Jesucristo.

Si la sociedad en masa es la que se corrompe y extravía, el apóstol tiene la misión de oponerse como dique salvador al ímpetu de la corriente, hacer remansar el oleaje devastador de la multitud y advertirla del abismo en que va a precipitarse.

Cuanto tiene de fácil la primera misión del apóstol, tiene de difícil la segunda; porque el hombre es así; cuando se considera solo, individualmente, tarda poco en conocer su flaqueza, desconfía luego de sus fuerzas, y aterrado de sus rebeldías retrocede en el camino de sus demerencias; pero cuando se mira acompañado, cuenta con que el esfuerzo ajeno ha de suplir la debilidad propia, y creyéndose capaz de domeñar al mismo Dios, se obstina con pertinacia en sus desvaríos y puesto en la deleznable pendiente del mal se precipita en la cima de su perdición.

Pues bien; el P. Fr. José Serra, herra de Cataluña y ornamento de España, si tuvo celo de Dios para cumplir la primera misión de apóstol, no le faltó carácter firme y voluntad perseverante para desempeñar a maravilla la segunda.

Para salvar al individuo, se despojó de cuanto tenía, y extrañándose voluntariamente de su patria, cruzó los mares, recorrió la Australia, evangelizó aquellas dilatadas regiones pobladas de salvajes antropófagos, y después de haber iluminado millares de inteligencias con los esplendores de la fe, y de haber regenerado con el agua del bautismo centenares de tribus conquistadas a la barbarie, regresó a su amada España, no a descansar de sus tareas apostólicas, sino a militar en la rula campaña que de años ha venía empeñada entre la sociedad descarriada y la Iglesia de Dios.

El venerable P. Serra, que en premio de sus fatigas apostólicas en las misiones de Australia, había sido exaltado a la dignidad de Obispo, encontró a su llegada a España al liberalismo imperante y fiel a su misión de Obispo, rehusó el descanso que tanto necesitaban sus extenuados esfuerzos, y acometió con juvenil ardor la difícil empresa de restaurar en la sociedad la soberanía de Jesucristo.

Como el P. Serra se portó en esta nueva fase de su apostolado, bien lo sabéis, caros lectores. El liberalismo, causando de despojar a la Iglesia de sus bienes, harto de haber demolido templos y monumentos que la piedad de nuestros padres erigiera en honor de Dios, iba cayendo en descrédito, y previendo su total ruina, quiso con ganoña satánica, disfrazarse con hábitos tales, para embaucar por este burdo expediente a los católicos y alistar con tan mañosas trazas nuevas legiones de inconcientes secuaces en su execrable bandera.

El venerable Obispo de Daulia, a cuya penetración no escapó la diatriba liberal, ardiendo en celo por la gloria de Dios, defendió con tesón su santa causa, y gritando «¡al lobo, al lobo!» a su voz de vidente, los católicos, que ya iban tragando el anzuelo, paráronse a meditar, y no tardaron en ver a través de las gudejas y vellones de lana con que se cubría la fiera revolucionaria, las rapaces garras de esta y su voracidad canina.

Burlada en sus perversos planes la hidra liberal, rugió de coraje lanzando improprios contra el inculto y pespicaz P. Serra, desde las columnas de los periódicos sectarios; pero el conspicuo debelador de la secta, recibió impávido aquel turbión de contumelias, que iba engarzando cuidadosamente para ceñir su cabeza venerable con aquella corona de espinas, cosechada en su vida apostólica, y presentarla ante el Supremo Juez, como el mejor descargo en el día de su cuenta.

En esta época de rebajamiento y afeminación universal, no es cosa fácil encontrar caracteres tan varoniles, voluntades tan perseverantes, como la del malogrado Obispo de Daulia.

Sus merecimientos no de todos recibieron el mismo premio; porque si es verdad que de parte de los latitudinarios y oportunistas tuvo que sufrir amarguras sin cuento, en cambio se vio recompensado aún en vida con el cariño y el aplauso de los buenos, que veían en el P. Serra, una columna firmísima del catolicismo y un debelador denodado de la secta liberal.

Descanse en paz el buen apóstol, cuyo aniversario celebramos hoy, y en la seguridad de que ya está gozando la gloria que sus virtudes heroicas

merecieron, ponemos fin a nuestro artículo exclamando:

¡Honor al Rdo. P. Serra! ¡eterna gratitud al Obispo de Daulia, que con tanta perspicacia y con tan firme voluntad, desmenuzó al malvado liberalismo!

¡Dios haya acogido en su seno al incansable apóstol de la pura doctrina!

Manuel Bellido. Castellón 8 Septiembre 1893.

UN RECUERDO

Al publicar EL TRADICIONALISTA este número extraordinario en memoria del infatigable apóstol de la Australia, del insigne fundador de las Oblatas Redentoristas, no cumpliría con un deber de cortesía y gratitud si no dedicara un cariñoso recuerdo a la Madre Antonia, primera superiora de dicho Instituto religioso y dignísima continuadora de la obra del padre Serra.

Carecemos de los datos precisos para hacer como deseáramos una biografía detallada de esta ilustre religiosa y ni tiempo material queda para adquirirlos; pero prometemos a nuestros lectores cumplir con este deber muy en breve, quizá el día que se trasladen los restos del misionero benedictino, desde el Desierto de las Palmas a Ciempozuelos.

Mientras, queremos rendir tributo de agradecimiento a la Madre Antonia de Oviedo, que con un celo laudabilísimo y una actividad asombrosa, ha conseguido a fuerza de sacrificios sin cuento realizar en la Casa de Ciempozuelos, el ideal que nuestra mente acariciaba al iniciar en las columnas de La Plana Católica, la suscripción para erigir un monumento a la memoria del Obispo de Daulia.

Este monumento en cuya erección se ha invertido el óbolo de los suscriptores de La Plana, está ya terminado, y así, el ilustre P. Serra, que hasta ahora, vivía solo en los corazones de los buenos católicos, tendrá en su patria una obra que a través de los siglos perpetúe en nuestro amado suelo la memoria de sus eminentes virtudes y del ferviente amor que le profesaban cuantos tuvieron la dicha de tratarle.

No esperábamos menos de la Madre Antonia, mujer de carácter enérgico, resuelto y varonil, raro modelo de virtudes cristianas, de inteligencia privilegiada, a quien el trato de las musas y el cultivo de las letras no la distrajo de sus tareas apostólicas. Vivió en el mundo; frecuentó la alta sociedad europea y su amor a Jesús y a los pobres la hizo abrazar el estado religioso y trabajar sin tregua ni descanso, alocada por la experiencia de las impurezas del siglo, iluminada por las doctrinas del catolicismo y guiada por su sabio maestro, el preclaro fundador, cuyo aniversario conmemoramos, para sacar del cieno en que se revolían jóvenes desgraciadas poseídas del demonio de la lujuria y por medio del trabajo honrado y de la oración regeneradora convertir las consagradas a loar perpétuamente las glorias del Eterno.

Con pocas mujeres del fuste de la Madre Antonia de Oviedo se podría dar remate a una gloriosa cruzada que convirtiera la sentina de la sociedad actual, descarriada y paganizada, en un nuevo paraíso, donde el pecado no pasease en triunfo la carroza de sus abominaciones.

¡Que la gracia de Dios continúe asistiendo a la venerable Religiosa para que pueda consolidar la obra de su instituto, arrancando de las garras del vicio a esas pobres mujeres extraviadas!

S. Guinot. Castellón 8 de Septiembre de 1893.

La memoria de un Santo

Si ante un cadáver la mente se eleva siempre a consideraciones serias, cuántas y cuán graves y preciosas serán las que inspire el cadáver del P. Serra, incansable apóstol de la fe, fustigador de impíos, valiente campeón de la verdad y virtuosísimo obispo, que desde humilde fraile llegó, merced a su talento y a sus virtudes, a la dignidad de Prelado.

Bien quisieramos trasladar al periódico todo lo que nos sugiere la memoria de aquel Pastor, a quien tantas muestras de caridad debemos; plumas bien templadas se han ocupado con frecuencia en publicar los motivos de su racional entusiasmo por el hombre eminente y admirando los méritos literarios, el celo infatigable, las estupendas empresas a que dió feliz cima, la constancia no imitada y la fortaleza temida del doctor ilustre, del cristiano ejemplar, tegieron una corona de gloria que como justo homenaje colocaron en la tumba de este héroe. Nosotros determinamos levantarle un monumento, y a penas anunciamos esta idea corrieron presurosos los carlistas a depositar su óbolo para realizarla; grave enfermedad impidió que lleváramos a cabo los pensados proyectos; pero apiadándose el Señor de nosotros, nos envió una buena Religiosa, que amaba también la memoria del San-

to Obispo, y con ardiente caridad tomó el cargo de erigir el monumento en Ciempozuelos.

Tuvimos la dicha de contemplar el cadáver del P. Serra, y fuimos testigos de escena a cual más conmovedora y significativa, cuerdos de sus hechos gloriosos que le compataron un porvenir feliz, ¡que impresiones tiernas...! jamás se borrarán del corazón.

Nosotros admiramos, siempre que tuvimos el honor de tratarle, aquella modestia rama, con que pretendía inútilmente en sus relevantes merecimientos; nos atraía aquella mirada, dulcemente grave, que le daba aspecto de indescriptible y simpática grandeza; sus facciones todas nos inspiraban un asincero a la par que el respeto más profundo.

Nos fijamos con religioso temor en aquel cuerpo frío, que aprisionaba poco antes corazón ardiente y una poderosa inteligencia y dominados tal vez por el horror natural que tenemos a nuestra disolución, sentimos durante algunos momentos una tristeza sombria que nos hacía recriminar a la parca su obra de exterminio; pero confesamos de buen grado que nos engañamos.

Los que mueren con Cristo, vencen la muerte con la muerte. No; su gloria no quita pultada con su cuerpo; su fin no es el pozo de la tumba; su tránsito fué un paso hacia el descanso, el principio de su inmortalidad. Quizás la muerte sea la única cosa que por atestiguar y sellar dignamente, para perpetuarlo entre los hombres, los altos ejemplares de virtud que nos legó.

Los grandes del mundo se empeñan en publicar todo lo que puede contribuir a su gloria; los grandes ante Dios, en ocultar cuidadosamente los dones con que los regala; aquellos se imaginan grandes en su pequeñez, éstos pequeños en su verdadera grandeza.

Recordamos perfectamente sus glorias literarias; los cargos importantísimos confiados a su discreción; su significación marcada; los admirables progresos que han hecho las misiones en este siglo; nuestra mente nos presenta sus fatigas apostólicas en las asadas arenas de Australia, la multitud de tareas erigidos por sus propias manos a nuestro Dios, y de las almas iluminadas por la merced a los esfuerzos de su celo; lo vemos aun recorriendo hospitales, amparando a aquellas ovejas descarriadas que Jesús volvió a llamar a su aprisco; en fin, lo vemos y admiramos en todas partes, derramando a matos el bien en el espiritual y en lo eterno. Pe además de todo eso nos atraía y cautivaba valor cívico, las energías con que defendió principios tradicionalistas, su indomable valor, la poderosa argumentación con que confundió a los enemigos de Dios, de la Patria y de la Rey.

Anciano, venerable, rendido al peso de los años y estenuado por los trabajos que conagró a la gloria del Señor, teme aun las chances del mundo y se busca en el Desierto de las Palmas un asilo seguro contra sus males. No se procura allí comodidades, sino tranquilidad necesaria para espacios libramente el corazón. ¡Cuán grande era su fe! Del morir y lo deseaba con verdaderas ansias; lugar del horror que nos causan los trotes de la muerte, a él le servían de pasatiempo de estudio agradable y provechoso. Del dolor del dolor se trasladaba al altar y del altar aumentaban admirablemente sus deseos generosos y se derretía aquel corazón magnánimo meditando las misericordias de Dios.

Su muerte fué la del justo; conservó asombrosa inteligencia hasta que exhaló último suspiro, llegando a las puertas de eternidad, sereno y ávido de traspasarlas; eficaz con su fervor a los mismos religiosos. La comunión Católica Monárquica perdió un gran hombre. Consolémonos. El cielo ha ganado un Santo.

P. CRÓNICA

Ha sido aprobado por el señor gobernador de Herbés, que como declamos en el número anterior, le fué presentado a dicha autoridad por nuestro director don Andrés Peyrat Ros.

Si han podido arreglarse todos los detalles que para el acto se requieren, mañana se inaugurará este importante Centro, que la lealtad carlista ha creado en el Maestrazgo; siendo para nosotros muy sensible, que obligación del momento nos impidan gozar de la satisfacción que hubiésemos sentido de asistir a tan solemnemente acto.

Reciban nuestros queridos correligionarios de Herbés, nuestra más cordial enhorabuena; sigan sin desmayos ni vacilaciones por el camino emprendido, y merecerán bien de nuestro Rey y de todos los buenos carlistas.

Así mismo, adelantan rápidamente los trabajos para inaugurar otros dos Círculos; de los cuales, que muy en breve esperamos poder

que tenemos... Adelant...

La nota reposición... terminos...

No hace sabe que... advinar... psiquico ju...

Cuando números... error de c... plares tira... tencia...

En la p... Excmo. O... este Prela... decir que...

El Rey gal, don M... ha partic... chorn en e... a su augu... los VII s... con la P... Loevenste...

A la ca... ha contest... otra, no m... crita en e... Acepter... portugues... de aquel... sas y entu... nes que l... timistas d...

Ha tom... notaría de... Victoriano...

Hemos de perder... ridísimo y... gionario co... flor don J... ves, acabi... día 27 Ag... sado.

A su ap... viamos el... y a todas... dosas les... a Dios por...

Como op... ciamos, el... actual em... ción, en est... Católico, ó... de los Círc... tos, dirig... y antiguo... dor Guinot... redactores... sincera coo... han empre...

Ha enco... durante los... circular co... regimiento... za, sería en... Por fortuna... esperamos... parece que... con el tal... que no pro... Cartagena... número an... solo Dios s...

Habíamos... cuando tui... salamano... traslada e... siguiente te... «El Coma... cis periódi... de esa plaza... tranquilizar... luto que no... necer esa p...

Lo dicho;... tar a los di... habitantes d...

Ha sido... don Luis Te...

que tenemos en la provincia de Castellón car-
torce círculos carlistas.
¡Adelante pues, adelante, y viva el Rey!

La nota característica de la semana es la
reposición de los diputados provinciales sus-
pensos, y el probable procesamiento de los in-
terinos.

No hacemos hoy comentarios; pero el público
sabe que EL TRADICIONALISTA es el único pe-
riódico que dió hace días la noticia del proba-
ble sobreesimiento, y los hechos han confir-
mado nuestro pronóstico; y conste que no nos
tenemos por profetas, sino que es muy fácil
adivinar el resultado práctico del sentido
psíquico jurista de ciertos letrados.

ERRATA IMPORTANTE

Cuando ya habían salido de máquina muchos
números con la primera y cuarta plana impre-
sas, hemos observado que se había cometido un
error de caja, que enseguida corregimos, pero
que ya no nos fué posible evitar en los ejem-
plares tirados, y por eso escribimos esta adver-
tencia.

En la primera plana, debajo del retrato del
Excmo. Obispo de Daulia, se ha puesto que
este Prelado, falleció en el año 1893, y debe
decir que acaeció su muerte en el año 1886.

El Rey legítimo de Portu-
gal, don Miguel de Braganza,
ha participado desde Fis-
chorn en una cariñosa carta
a su augusto primo don Car-
los VII su próximo enlace
con la Princesa Teresa de
Loevenstein, prima suya.

A la carta de don Miguel,
ha contestado don Carlos con
otra, no menos afectuosa, es-
crita en español.

Acepten la Familia Real
portuguesa y los legitimistas
de aquel país las respetuo-
sas y entusiastas felicita-
ciones que les envían los legi-
timistas de España.

Ha tomado posesión de la
notaría de Villafamés, don
Victoriano Molina.

Hemos tenido la desgracia
de perder a un amigo que-
ridísimo y excelente correli-
gionario con la muerte del se-
ñor don José M.^a Redón Vi-
ves, acaecida en San Mateo el
día 27 Agosto próximo pa-
sado.

A su apreciable familia en-
viamos el más sentido pésame
y a todas las personas pia-
dosas les suplicamos rueguen
a Dios por el alma del finado.

Como oportunamente anun-
ciamos, el día 1.º del mes
actual empezó su publica-
ción, en esta ciudad, *El Obrero
Católico*, órgano del Consejo
de los Círculos católicos de la Diócesis de Tor-
tosa, dirigido por nuestro muy querido amigo
y antiguo compañero en la prensa, don Salva-
dor Guinot, a quien y a todos los ilustrados
redactores del nuevo colega ofrecemos nuestra
sincera cooperación en la obra laudable que
han emprendido.

Ha cundido alguna alarima en esta ciudad
durante los primeros días de esta semana, por
circular con insistencia la noticia de que el
regimiento de Otumba, que guarnece esta pla-
za, sería en breve destinado a la de Valencia.
Por fortuna la noticia se ha desmentido; pero
esperamos que se propague otra análoga, pues
parece que los inventores la han dado ahora
con el tal regimiento de Otumba, y viendo
que no prosperaba la noticia del traslado a
Cartagena, que también desmentimos en el
número anterior, arreglaron lo de Valencia y
solo Dios sabe a donde lo destinarán ahora.

Habíamos escrito ayer las anteriores líneas,
cuando tuvimos el gusto de recibir atento ba-
salamano, que agradecemos, en el que nos
traslada el señor alcalde don Cayo Gironés el
siguiente telegrama:

«El Comandante en Jefe al Alcalde.—Noti-
cias periódicas referentes a retirar guarnición
de esa plaza son completamente falsas; puede
tranquilizar vecindario asegurando en abso-
luto que no se ha pensado siquiera en desar-
necer esa población.»

Lo dicho; hay quien se entretiene en mole-
star a los dignos militares de Otumba y a los
habitantes de Castellón.

Ha sido nombrado notario de esta ciudad,
don Luis Ten.

EL DESIERTO DE LAS PALMAS

No busqueis en el Desierto de las Palmas
primores de arte; el monasterio no es notable
por lo monumental, sino por lo pintoresco; no
por su fábrica, sino por su situación. Estos
montes, escabrosos y rudamente accidentados,
son, con los de Almenara y Sagunto, los últi-
mos y más avanzados baluartes de la cordi-
llera Ibérica, que desprendida de los Pirineos,
cruza oblicuamente la Península, y viene a
morir a orillas del Mediterráneo.

Para llegar a la alta meseta del Convento
hay que remontar profundos y tortuosos to-
rrentes, cuyas rudas escarpas cubren roma-
nticos matorrales, en los que, entre romeros y
tomillos, brilla el fruto del madroño como
gruesos granos de coral, y abre el modesto
margalló (*chemerops humilis*), sus hojas rígidas
y palmeadas, dando a la flora de esta si-
ya su nota característica. Conforme vamos subiendo,
el terreno es más áspero y el panorama más
selvático. Pero ¡qué soledad tan grave y delei-
tosa! ¡Cómo poetiza estos cauces, abiertos en
la roca, la adelfa con sus ramilletes de rosas,
señalando el curso de las aguas purísimas, que
ora se deslizan murmurando sobre las guijas
menudas, ora se aduermen entre enormes pe-
ñascos!

Ya hemos llegado al monasterio viejo, del
cual sólo quedan las paredes desnudas y des-

techadas; por insalubre y por mal cimentado
en terreno flojo, lo abandonaron los religiosos.
Una avenida de fúnebres cipreses y capillitas
de Vía-crucis nos lleva a un pobre y severo
pórtico, coronado por la imagen de San Elías,
bajo la cual se colocó una lápida conmemora-
tiva de la grandiosa peregrinación del año
1892, con la siguiente inscripción: *Millares de
romeros presididos por el celoso Obispo de Tor-
tosa, celebraron en este santo yermo las glorias del
insigne carmelita San Juan de la Cruz.*—XIX
Abril M.DCCC.XC.II.

Sobre el dintel de la puerta hay esta adver-
tencia: «Hermano, una de dos,—ó callar ó ha-
blar de Dios,—que en el yermo de Teresa—el
silencio se profesa.» Pero los frailes guardan
para sí los rigores de la regla y reciben con
franca cordialidad a sus huéspedes; por largos
corredores abovedados y aposentos sombríos,
sin otro adorno en las paredes enjalbegadas
que cuadros ennegrecidos y estampas amari-
llentas, llegamos a la iglesia, situada en el
vasto edificio, sin comunicación exterior; es pe-
queña, en forma de cruz, blanca y dorada, con
elevada nave y luminosa cúpula, recibe de lo
alto los últimos resplandores del día. Abrese
la puerta del coro; entran de dos en dos los
padres carmelitas, luciendo sobre el sayo pardo
la amplia y blanquísima capa y con sendos
círcos encendidos, se arrodillan y cantan con
pausada gravedad la *Salve* y el *Miserere*, cuyos
versículos adquieren algo de sobrehumana re-

ante el magnífico espectáculo que se presenta
al llegar a la famosa ermita.

En la breve esplanada de aquella cúspide
parece que estamos dominando la tierra desde
la punta de un obelisco colosal. El mar, que es
lo primero que atrae la vista, se extiende de
tal manera a nuestras plantas, que nos da
miedo, y echamos involuntariamente el cuerpo
atrás, para no caer en la inmensidad de aquel
abismo. Desde los Alfaques hasta Deniá, desde
los puertos de Beceite hasta el Mongó, se en-
corva el golfo valenciano. Las islas Colum-
bretes parecen una bandada de patos, bañán-
dose, allí cerca, en ese estanque; Ibiza, una
barcaza, amarrada a lo lejos, al cabo de San
Antonio; más lejos aún, Mallorca indica sus
montañas en el confin del horizonte. Separan-
do la vista del mar, vemos a nuestros pies,
vencidas y achicadas, las Agujas de Santa
Agueda y demás montañas del Desierto, entre
ellas las que coronan las ruinas pintorescas
del castillo de Montornés.

En la costa oriental, descubrimos a Torre-
blanca, Alcalá, Benicarló, Vinaroz y Peñisco-
la en su promontorio, recostado sobre el mar;
luego, volviendo hacia poniente, el ancho valle
de Cabanes, Benlloch, Villanueva de Alcolea
y San Mateo, por donde penetra en las aspe-
rezas del Maestrazgo la carretera de Morella;
después, tras la sierra de Engarcerán, la Ram-
bla de la Viuda, que trae al Mijares las aguas
de toda aquella región montuosa; en el fondo,

las altas sierras de Adza-
neta y las de Useras,
sobre las que levanta su ne-
vada cabeza Peñagolosa; y
dando la vuelta al mediodía,
la vista se extiende hasta los
montes de Almenara y de
Sagunto, y por encima de
ellos, a la hermosa llanura
valenciana y las cordilleras
alicantinas. La Plana parece
un mapa extendido debajo de
nosotros: Castellón, Burriol,
Almazora, Villarreal, Borri-
na, Moncófar y Chilches, se
ven distintamente en la dila-
tada llanura, que corta de tra-
vés la línea resplandeciente
del Mijares.

Esta atalaya natural, tan
bien dispuesta, ofrece a la
ciencia un observatorio, que
ha sido muy aprovechado.

Aquí fijó sus instrumentos
Arago, midiendo el meridia-
no; cuarenta noches pasó en
esta cumbre, esperando las
señales que desde Ibiza le ha-
cían. En la misma piedra apo-
yaba el telescopio el P. Se-
chi durante el famoso eclipse
de sol de 1860; y dé reciente,
ilustrados jefes del cuerpo de
ingenieros militares, a las
órdenes de nuestro sabio pai-
sano Borrés, han estado aquí
largo tiempo, comunicándose
por medio de la electricidad,
(cuyos trabajos dirigía otro
hijo de Castellón, el enten-
dido telegrafista señor Gil),
con el cabo de San Antonio

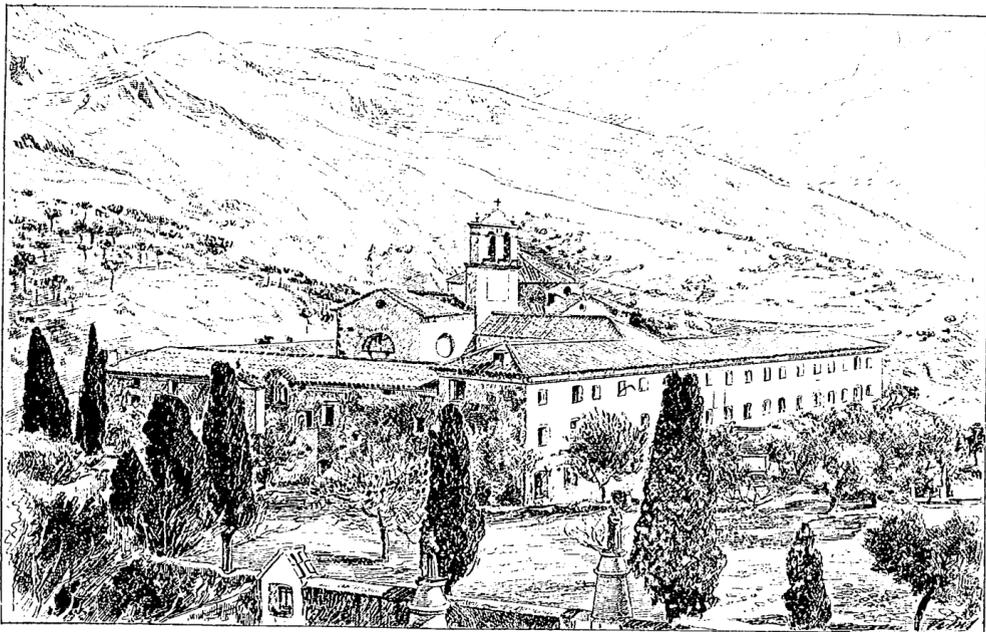
y con las Islas Baleares, para los estu-
dios de triangulación que hace el Instituto
geográfico y estadístico. Esta comisión dejó
consignados sobre la puerta de la ermita
los siguientes datos: altitud, 728 metros; lati-
tud N. 40º 5' 7"; longitud E., 3º 43' 6"; azi-
mud con Peñagolosa, 115º 17' 35".

Tal es el monasterio que eligió el ilustre
P. Serra, Excmo. é Ilmo. señor Obispo de
Daulia, para terminar su peregrinación sobre
la tierra y prepararse para subir al cielo.

A los tradicionalistas.—Retratos de Don
Carlos, de 83 por 58 centímetros, otros en
traje de campaña, de 63 por 47.—«Manual
del voluntario carlista.»—Albums de persona-
ges carlistas con sus retratos y biografías.—
Gran lámina de retratos entre los que se ha-
llan los de Carlos V y su señora, Carlos VI é
hijos, Carlos VII, Doña Margarita, Don Jaime
y Don Alfonso sobre un alegórico y bonito
grupo de banderas, entre las que descuella la
del tercer batallón del Maestrazgo, y a pesar
de sus dimensiones y excelentes grabados se
venden dichas láminas al precio de 50 cénti-
mos de peseta una.

También se propocionan marcos elegantes
con su correspondiente cristal y a precios muy
económicos, para los retratos y láminas anun-
ciadas, que pueden verse en esta Administra-
ción.

Para los pedidos, dirigirse a la administra-
ción de EL TRADICIONALISTA.



EL DESIERTO DE LAS PALMAS

sonancia en las penumbras del crepúsculo y en
la soledad de la montaña.

La fundación del Desierto de las Palmas no
se remonta más allá de fines del siglo XVII;
llamaban *desierto* los carmelitas a un monas-
terio que, situado en lugar montés y solitario,
les sirviera para el retiro y la penitencia. Que-
rían los de la provincia de Aragón y Valencia
tener su *desierto*, y eligieron para ello estos
yerros, en los que vieron cierta semejanza
con el Monte-Carmelo, cuna de su religión.
Trataron con el barón de Benicassim a quien
perteneían, y en 1611 tomaron posesión de
ellos. Al principio los ocuparon solamente al-
gunos religiosos que se albergaban en las grutas
ó en toscas ermitas; hízose después el con-
vento viejo, que quedó construído en 1732,
hasta que amenazando ruina, se emprendió en
1784 la obra del monasterio actual, termi-
nando en 1796. En él vivieron tranquilos los
padres carmelitas descalzos castigando su
cuerpo, santificando su alma y haciendo bien
al prójimo.

Cuando la revolución destruyó los conventos
y asesinó a sus santos moradores, los libe-
rales de Castellón fueron los primeros en pedir
que se respetase esta comunidad, profunda-
mente agradecidos a los padres del desierto
por los servicios que éstos prestaron en todo
tiempo a los vecinos de la ciudad, y muy es-
pecialmente durante la época calamitosa del
cólera. Respetada fué, y no se ha interrumpido
aquí ni un sólo día, la vida monástica. Hoy este
monasterio es noviciado de la Orden. La ora-
ción, el estudio y la penitencia llenan la vida de
los religiosos. La imagen de la muerte les rodea
por todas partes; en su lecho de duras tablas
hay siempre una calavera; otra ocupa el puesto

de honor en la mesa frugalísima del refectorio.
Todas las noches interrumpen su sueño el chas-
quido de las tablillas avisadoras y la senten-
ciosa *sacilla*, y los miércoles y viernes, cuando
las tinieblas envuelven el convento, se oye en
un rincón del claustro el crujir de las disci-
plinas, que acompaña los fúnebres versículos
del *Miserere*.

¡Y cuán alegre sonrre la naturaleza, y cuán
vigorosa palpita la vida en estas alturas! Ved;
ya amaneció: el sol, como una rodela de fuego,
surge del mar, que se ve por la escotadura de
dos cerros, cubiertos de pimpollos de pinos; la
luz del día inunda brillantísima las sinuosida-
des de la sierra; el ambiente ensancha los pul-
mones y convida a escalar las cumbres. ¡Arri-
ba pues! Aquí, nos cortan el horizonte las ci-
mas de estas mismas montañas que rodean el
convento, subamos lo lo más alto, a la ermita
del Hermano Bartolo.

Cuatro kilómetros hoy que andar, faldeando
laderas, ganando alturas y trepando por es-
trechos vericuetos. Cruzanse primero campos
cultivados, después barrancos, en los que cre-
ce el algarrobo entre peñas cubiertas de pal-
mito, mata y plantas aromáticas; luego, pina-
res que sombrean los flancos más escabrosos
del monte, y no son más que pobres restos de
sus antiguos bosques, y en lo alto, cumbres
peñascosas, en las que no falta, sin embargo,
la verde alfombra que tapiza toda esta agreste
sierra. ¡Cuántas flores abre en ella la prima-
veral! Los cistos con sus rosas, unas blancas,
otras carmíneas, se encuentran en todas par-
tes. En los puntos más elevados los helechos
ostentan sus hojas elegantemente recortadas.
Pero estos primores de detalle desaparecen

UNA CARTA DEL OBISPO DE DAULIA

La gran figura del Obispo de Daulia es de aquellas que se admiran y veneran; no de las que se describen con los lugares comunes usados para elevar sobre un pedestal de palabras convencionales la fama, no siempre bien fundada, de los grandes de la tierra.

Por estas razones queremos hoy recordar uno de los actos del varón santo y fuerte que, piadosamente pensando, creemos que hace siete años está gozando del premio que Dios otorga a los que mueren en su seno. Nos referimos a la carta que escribió al señor conde de Orgaz con motivo de la fundación de la llamada *Unión Católica*; lazo tendido por los conservadores a la credulidad de las gentes sencillas, con el objeto de destruir la base del partido carlista y reforzar las huestes de Cánovas.

En aquellos días de confusión; cuando unos vacilaban, dudaban otros y algunos eran arrastrados por la falsa dulzura de melosas palabras de concordia, encaminadas a llevar a los católicos por sendas de perdición, una voz se dejó oír, voz potente, voz elocuentísima, voz inspirada por el Espíritu de Dios, que advirtió el peligro a los confiados, fortaleció la fe de los débiles, descubrió los planes de los que, haciendo de la Religión una mercancía, trataron de ahrojar a las masas carlistas para ponerlas al servicio del liberalismo alfonso.

Es tan admirable el documento en que el insigne prelado de Daulia mantuvo nuestros principios frente a las seducciones mestizas, que no podemos resistir al deseo de honrar las columnas de EL TRADICIONALISTA con tan preciado escrito, al rendir hoy tributo a la memoria del Pastor vigilante, que supo en momentos bien difíciles, señalar el camino de la verdad a los alucinados por mentidas promesas y falacias halagadoras.

Dice así la carta del señor Obispo:

«Excelentísimo señor conde de Orgaz.»

«Muy señor mío de mi más distinguida consideración: He recibido la carta que usted, con otros cinco señores muy respetables, me han hecho el honor de dirigirme, y siento mucho que esta inmerecida e inesperada cortesía de usted, obligándome a contestar, me obliga también a manifestar la impresión que ha causado en mí el hecho ruidoso que está conmoviendo hace días a nuestra pobre España. Yo hubiera preferido mil veces llorar en silencio lo que siento, antes que comunicarlo a nadie.

«Supongo no creerá usted, que yo, el último de los Obispos católicos, flore por ver la unión de algunos católicos, resueltos, según usted me dice, a trabajar por reparar los quebrantos que la Religión de los españoles ha sufrido en estos últimos cincuenta años. Bien lejos de esto, espero que usted me hará la justicia de creerme, si le aseguro que yo desco con tanto entusiasmo como el más entusiasta de los inscritos a la *Unión Católica*, que tales quebrantos sean reparados. ¿Qué cosa, pues, ha podido hacer correr las lágrimas sobre mis mejillas, casi heladas ya por el glacial soplo del cercano sepulcro?

«Al ver nombres de personas ilustres, de personas muy queridas, muy respetables por su posición social, por su ilustración, por la pureza de sus principios, unidos y confundidos con nombres de sujetos que no han renunciado ni renunciarán probablemente jamás al nombre de liberales, se ha presentado a mi imaginación aquel célebre: *universus orbis ingenuit videns se esse arrianum*.

«El arrianismo fué la grande herejía del siglo IV, como el liberalismo es el cáncer de la sociedad de nuestro siglo. Al recordar los trabajos, las astucias de los arrianos para extender sus perniciosas doctrinas, y ver las astucias y los trabajos de los liberales para atraer a sí a incautos; al comparar los triunfos de éstos con los de aquéllos, el corazón se extremece y llega uno a temer no esté lejano el día en que al despertar quedemos sorprendidos al vernos todos envueltos en las astutas redes del liberalismo.

«San Atanasio y los demás Padres, que

lucharon contra la herejía de Arrio, al ver que los secuaces de éste eran muy numerosos, para distinguir los verdaderos fieles de los inficionados con los errores del heresiarca, propusieron que la fe de Nicea, que los canones dogmáticos de aquel gran Concilio fuesen la piedra de toque que los diese a conocer.

«Yo he diferido intencionalmente, señor conde, mi contestación a su favorecida, esperando ver publicadas las condiciones necesarias para ingresar en la *Unión Católica*. Yo esperaba que fuese enarbolada una bandera, al jurar la cual pudieran ser conocidas las verdaderas intenciones de los que se alistasen a la propuesta *Unión*. ¿Si será, me decía a mí mismo, reconocer la autoridad del *Syllabus* y prometer formalmente no interpretarle sino como le interpretan el Papa y los Obispos? ¿Si será renunciar a las doctrinas del liberalismo, ya tantas veces condenadas, y desechas hasta el nombre de liberal? Pero nada de esto. Sólo he leído en un periódico, el órgano quizá autorizado de la *Unión* que si el señor P. y M. oyese Misa no se le rehusaría la admisión en la *Unión Católica*, si la pidiese. De modo que, según aquel periódico, el único que hasta ahora ha dado alguna luz sobre el particular, basta haber sido bautizado y oír Misa para poder ser alistado en las filas de la *Unión Católica*, en las filas del ejército que se organiza para combatir a los enemigos de la fe.

«No deja de ser sorprendente la idea, y más toierante que la de O'Donnell, que quería fuesen resellados los que deseaban ser admitidos en su *Unión liberal*. Aquí se trata de forjar una *Unión* de católicos de pura sangre, de católicos rancios con católicos liberales; y, ¿para qué? Para acabar, según dicen, con los males que el liberalismo ha hecho a la Iglesia. ¿Qué lástima que a San Atanasio no se le ocurriese formar una liga de católicos y arrianos para acabar con el arrianismo, en lugar de hacerle la guerra implacable que le hizo!

«Pero el nombre sólo de guerra espanta. Ya estamos cansados de guerra dicen algunos. Casi todo lo que va de siglo se ha pasado en los campos de batalla peleando contra el liberalismo, y, ¿qué es lo que hemos conseguido con tanta sangre, con tanto sacrificio, con tanto heroísmo?

«No sabemos que nuestros padres hicieran esta observación después de haber pasado, no uno sólo, sino ocho siglos peleando con el mayor denuedo, con un heroísmo sin igual para echar a la *Media Luna* de nuestra España, para mantener enhiesta la bandera de Recaredo. Pero aquí no se trata ahora de guerra con pólvora ni con cañones, no hay que temer que haya muertos ni heridos.

«Se trata solamente de una guerra pacífica, de una guerra lícita, de una guerra no penada por las leyes, ni condenada por la Religión. Se trata de una guerra de retraimiento, de una guerra, si se me permite la expresión, de abstención. Esta es la guerra que imponía ahora a sus partidarios, o por sí mismo ó por delegado suyo, el jefe de los tradicionalistas, y se le desobedece obstinadamente, y se pone en duda su autoridad; y se niega la obligación de obedecerle.

«Este es el verdadero estado de la cuestión. Este es el verdadero punto que debía ser consultado. Si usted me pregunta a mí, ó a otro Obispo cualquiera, ó a todos los Obispos del mundo, si es bueno, si es laudable, si merece nuestra aprobación, si es hasta digno de nuestra bendición el que se trabaje por reconquistar la unidad católica que la España había gozado desde Recaredo hasta nuestros días; si se nos pregunta si es bueno, si es laudable procurar que la enseñanza sea cristiana, sea católica y conforme a los derechos de la Iglesia; que el clero viva con el decoro y la independencia que su santo ministerio reclama; que las Ordenes religiosas se propaguen libre y desahogadamente por esta tierra clásica de la fe; que se reprima la licencia de la impiedad y de la blasfemia; que se difundan las buenas lecturas; que no se profanen los días del Señor; que se trabaje, en fin, por conseguir estos y otros muchos bienes que todos los católicos rancios deseamos, seguramente no habrá Obispo católico, no digo en España, pero ni en todo el mundo, que no le responda afirmativamente, que no lo

apruebe con toda su alma, que no le envíe su bendición con toda la efusión de su corazón.

«Pero deje usted esto aparte. Preséntese la cuestión en su verdadero terreno. Pregunte usted a los señores Obispos si la insubordinación es alguna vez lícita. Pregúnteles usted si *sunt facienda aliquando mala ut eveniant bona*; como dicen allí los moralistas. Pregúnteles usted, finalmente, si el fin justifica alguna vez los medios. Haga usted estas preguntas a los señores Obispos, y entonces verá usted si las contestaciones son tan unánimemente afirmativas como los nuevos unionistas desearían.

«Todos los partidos políticos en España y fuera de España tienen su jefe, hasta los nihilistas. No es, pues, extraño que los llamados tradicionalistas tengan también el suyo. Este, ó por lo menos por medio de un delegado, dice a los suyos lo que han de hacer. ¿Están ellos obligados a obedecerle?

«La respuesta la del apóstol: *Obedite praepositis vestris*, dice, y los límites de la respuesta no son otros que los que imponen la ley de Dios y los preceptos de la Iglesia. Siempre que el mandato de uno, a quien se quiere reconocer por superior, no es contrario a la ley de Dios y a los preceptos de la Iglesia, hay obligación de obedecerle. Deje usted de ser su súbdito, si le parece bien. Deje usted de ser tradicionalista; nadie le obliga a ello, y después haga usted lo que le parezca. Pero querer perseverar siendo miembro de un partido que se distingue de todos los demás por la severidad de su disciplina y contestar a una orden del jefe del partido con un *non serviam*, esto no es razonable, no es decoroso, no puede ser alabado. *In hoc non laudo*.

«Ni esto es exigir que se altere el orden del lema *Dios, Patria y Rey*, como decía hace poco un periódico, ó que se invierta poniendo en su lugar *Rey, Patria y Dios*. No señor. Esto no es más que aplicar la doctrina enseñada por el mismo Dios en el Evangelio. Si no se me hiciese un cargo de traducirle, diría que lo que allí se enseña, que lo que allí se manda es dar a Dios lo que es de Dios, y al superior lo que es del superior. No puede uno agrandar a Dios desobedeciendo al que reconoce por superior, siempre que no le manda cosas contrarias a la ley de Dios ó de la Iglesia.

«Y ¿es acaso contraria a la ley de Dios ó de la Iglesia, ó a otra cualquiera ley divina ó humana, la orden de que cada uno se esté quieto ó tranquilo en su casa? El deseo manifestado de que no se dé ocasión de hablar a los de afuera de un partido, que hasta ahora ha sido tan respetado hasta de sus mismos enemigos; el prohibir, que se susciten perturbaciones y disgustos entre los amigos de adentro; son esto, acaso, cosas contrarias a la ley de Dios ó de la Iglesia, para que se pueda ser desobediente impunemente?

«Oh *insensati galatae, quis vos fascinavit?* escribía lleno de una santa indignación el Apóstol S. Pablo a los de Galacia, cuando después de haberles convertido al Cristianismo veía que unos falsos apóstoles les habían hecho volver a las prácticas y creencias del judaísmo.

«¿Y no podría yo, no lleno de indignación, sino movido por el amor y alentado con una santa esperanza, permitirme preguntar a muchos de los que han ingresado en la *Unión Católica*: *Quis vos fascinavit?*

«¿Quién ha podido moveros a fundar una unión heterogénea, una unión que debería ser llamada más bien desunión, pues os obliga a separaros de un partido, del cual hasta ayer habéis sido lumbreras lucidísimas, indestructibles columnas, a abandonar un campo que tanto honrásteis y por cuya defensa tanto trabajásteis; a dar un adiós a amigos de toda la vida, a amigos que tanto os quieren, para ir a estrechar la mano de personas quizá desconocidas, de personas que tal vez hasta ayer no han sido vuestros mayores amigos?

«Estoy en la persuasión que el ilustre señor Obispo de Angers, a quien desde mi tranquila residencia envío un saludo de afecto fraternal y de entusiasta admiración por lo mucho que entiende el modo de trabajar útilmente en su país por el bien de la Religión y de la patria, no admitiría un solo recluta en la bandera que ha levantado, si debiera costarle la dispersión de un solo veterano de la Vendée, que con tanto

heroísmo representa en la cámara; ni hubiera bajado de la Cátedra de Obispo aquel celosísimo Prelado para subir a la tribuna republicana, si le hubiera podido costar el sacrificio de dar un adiós a la bandera blanca; a aquella bandera que monseñor Freppel, como todo buen francés, espera sin duda ser la única que podrá salvar un día a la patria de San Luis.

«Yo no presumiré ser en esta ocasión el *Eusebio Vereclense*, que salvó la buena fé y libró de los lazos del arrianismo en que habla sido cogida la candidéz de un Santo, que después fué mártir; pero no tendré inconveniente en seguir el ejemplo que aquel Santo Obispo nos dió en el Concilio celebrado en Milán con legados del Papa Liberio. Si el verdadero y único deseo de los que se adhieren a la *Unión Católica* es reparar los males que el liberalismo ha hecho a la Iglesia en estos últimos cincuenta años, propóngase como condición indispensable para ser inscritos en ella una promesa formal de admitir el *Syllabus* y de no interpretarle sino como lo interpretan el Papa y los Obispos, y además de abandonar las doctrinas del liberalismo, condenadas ya tantas veces por la Iglesia, y hasta de renunciar el nombre de liberal.

«Si se exige indispensablemente estas dos condiciones a los ya inscritos y a los que pretendan serlo en adelante en la *Unión Católica*, se salvarán muchas de las dificultades que Prelados sabios y previsores han manifestado temer ahora: desaparecerá tal vez el *velo* que actualmente existe de parte de quien sin duda ninguna puede ponerlo: no será entonces manchada con el *non serviam* la entrada en la verdadera *Unión Católica*, y ésta obtendrá con mayor facilidad las bendiciones del cielo y de todos los hombres de buena voluntad en la tierra. Entonces, y solo entonces, si usted gusta, podrá contar también con la de este su afectísimo S. S. y Capellán que besa su mano,

«El Obispo de Daulia.»

«Ciempozuelos 29 de Enero de 1881.»

Así se expresaba el insigne y preciado Obispo de Daulia hace doce años, cuando solo una prescencia casi sobrenatural, un don de profecía, podía penetrar tan clara y evidentemente en los misterios de lo porvenir.

¿Dónde están hoy los que protestaban de que su objeto era solamente acabar con los males que el liberalismo ha hecho a la Iglesia en lo que va de siglo?

Todos los fautores de aquella conspiración se encuentran afiliados en un partido liberal, en un partido que por confesión de su propio jefe ha venido a continuar la historia de España, sin borrar nada de lo que el liberalismo ha escrito en las épocas de sus mayores excesos y desórdenes.

¿Quién se acuerda hoy de *La Unión Católica*, si no son los Pidales y las dos ó tres docenas de aprovechados que convirtieron en trigo liberal las bendiciones de los Obispos?

¿Si la despiadada muerte no nos hubiera arrebatado al valeroso P. Serra, cómo caería el peso de su irresistible dialéctica sobre los sectarios nomenclistas, nuevos embaucadores que, pretendiendo defender integristas y perezas doctrinales, tratan de fascinar las masas que oran, trabajan y pagan para conducir las al sostenimiento del vacilante trono de Doña Cristina!

Con cuánta lógica les preguntaría ahora: ¿Porqué os habeis rebelado contra D. Carlos, erigiéndoos en jueces de la doctrina?

Para juzgar de la doctrina solo hay un juez competente: la Iglesia. ¿Dónde habeis visto el fallo de la Iglesia condenando la doctrina de D. Carlos?

¿Cómo osáis llamaros tradicionalistas, echando abajo la monarquía legítima y cristiana que simboliza y resume todas las tradiciones gloriosas de España?

¿Con qué derecho os levantasteis contra la Autoridad legítima, poniendo en su lugar un intruso, a quien ciegamente obedecéis?

¿No habeis querido sufrir el suave yugo de un Padre amoroso, que os conducía al bien, y os halláis amarrados al carro de un déspota, que os lleva a la herejía!

P.

Año

Día 9 de S
el Infante D.

Día 10 de r
—En la prime
echárselas de
sólo buscaron
ses y portuge
rrierlos a sus
Lacy, Evans,
ron en formar
los presidios.

Con estos el
batallón que,
llevó el nombre
pudiera llamas
El batallón
colta a los Gob
época.

Día 11 de 18
a Arganda.

Día 12 de 1
—Nació el au
en Londres, y
vida en Módena
greso de una ex
entró de soldad
en el que 'asce
gloria, el ataque
Libre milagrosa
armas, pasó a
castillo de Heu
Infanta Doña
Rey legítimo d
general en jefe
luña, hizo camp
en compañía de
acciones de gue
rigidas. Antes
ró con su espos
bonito palacio
de servidumbre
primer súbdito
ciendo superior
paña. Tiene la
Pío IX, y cons
un cuadro de la
que le legó Su
de su campaña,
tíficos.

Día 13 de 18
Montemolin des

Día 14 de 18
Francia.

Día 15 de 18

Día 16 de Sep
ción del general
méridos del año
hechos brillantes
lista que por or
1836 un asomb
consternación a
No llevaba más
cos jinetes y cu
ellos através p
montañas escarp
medio de las llan
gón, pasó a Mur
capital de provin
casi siempre la